

H O S T O S ,

HOMBRE REPRESENTATIVO DE AMERICA

CONFERENCIA DEL DR. TULLIO MANUEL CESTERO, EN HOMENAJE RENDIDO AL MAESTRO, LEIDA EN SESION PUBLICA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA EN BUENOS AIRES, - ARGENTINA.

Hizo un siglo el 11 de enero de este año que advino al mundo en la menor de las cuatro grandes Antillas, Puerto Rico, Eugenio María de Hostos, quien, por la armonía de pensamiento y acción en servicio del ideal, alienta la esperanza de que en las islas del Mar Caribe habrá de cumplirse un ciclo luminoso como aquel que la admiración universal ha denominado "el milagro griego".

Y hace 66 años que por primera vez reunieron en esta margen del "gran río color de león", en el convivio espiritual, el eximio argentino Mitre, numen de esta docta casa y el esclarecido antillano, cuyo primer centenario conmemora en esta sesión pública la Academia Nacional de la Historia.

Por dos razones, la una fortuita, la otra imperativa, he aceptado este encargo tan honroso como abrumador. La primera, por ser el único antillano presente hoy en Buenos Aires con asiento como Miembro correspondiente de esta Academia. La segunda, porque el dominicano Máximo Gómez, el último en el tiempo de los grandes libertadores americanos, trazó al morir Hostos norma de gratitud para todos sus compatriotas al varón preclaro que amó a nuestra patria como a su isla nativa, aun irredenta, y la escogió, desde Chile y ocho años antes de su muerte, para su "residencia final y sepultura". "No olvidemos nunca los dominicanos, escribió Máximo Gómez, la memoria de nuestro mejor amigo, Eugenio María de Hostos".

De solar andaluz, Ecija, con casa y capilla blasonada, según Real Carta Ejecutoria de Hidalguía, otorgada por el rey Don Juan II en 1437, procedía la rama de la familia Ostos, transplantada al Nuevo Mundo: a México, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Eugenio María de Hostos y de Bonilla, nacido en hacienda de Río Cañas, partido de Mayagüez, en la noche del 10 al 11 de enero de 1839, era vástago de la rama plantada en las Antillas y tenía en su sangre los jugos vitales de las tres islas, pues el abuelo, D. Juan José de Hostos (que fué el primero, según lo observa el historiador dominicano Rodríguez Demorizi, en escribir con H. el apellido), pasó de Cuba a Santo Domingo y por la cesión de Santo Domingo a Francia, en 1795, emigró a Puerto Rico, en donde casó con la dominicana que fué la abuela de Eugenio María.

Eugenio María de Hostos legó a la posteridad vasta obra escrita, que casi en total ha per-

manecido inédita. Noticia reciente, me permite informar que están impresos ya doce volúmenes de la edición oficial dispuesta por el gobierno insular de Puerto Rico. Ejerció el magisterio en la República Dominicana y en Chile. Actuó en el periodismo y en la tribuna en España, en Nueva York, en Chile, en Buenos Aires y en la República Dominicana. Defendió con sacrificio ilimitado la emancipación de la isla nativa y la de Cuba, y peregrinó por América sirviendo en grado eminente los ideales de la civilización americana.

Tres de sus obras fundamentales, "Lecciones de Derecho Constitucional", "Moral Social" y "Sociología", de gran mérito intrínseco, tienen valor óptimo en cuanto concurso honesto y sabio para la organización de nuestros pueblos. Luchador infatigable, nobilísimo temperamento en que se equilibran la ardencia y la prudencia, alto de espíritu, austero de vida, amante inflexible de la verdad, la pasión de patria le mueve en todos y en cada uno de los pueblos americanos. Fué, pues, maestro, guía, apóstol, como hubo de calificarle, el primero, un argentino ilustre, aquí en Buenos Aires, José Manuel Estrada.

En carta a su progenitor, que es patético examen de conciencia, cuando Hostos se aprontaba a los azares de la lucha armada en la manigua cubana, escribió: "Mi vida vale mucho más que mi conducta, y mi conducta mucho más que mis libros. Estos no han sido comprendidos. ¿Cómo he de exigir que lo sean aquéllas? Resignado a morir desconocido y mal juzgado si no logro triunfar ruidosamente, prosigo impasible mi camino. Cuando haya otro hombre que recorra el suyo con igual pureza de intenciones, con igual olvido de sí mismo, con igual resistencia contra sus pasiones malas y buenas, con igual serenidad ante el dolor y la injusticia, yo me levantaré de mi tumba, si ya duermo, para juzgarlo; y entonces habrá un hombre juzgado en justicia por su igual". En verdad, señores, que si la obra escrita por Eugenio María de Hostos constituye una de las más fecundas páginas de la historia del pensamiento americano, su vida ejemplar es una de las más bellas realidades de la dignidad humana!

He ahí, pues, por qué he preferido en este homenaje, en la casa consagrada al grave culto de la Historia de América, evocar esa vida que, con la de sus coetáneos antillanos, el cubano Jo-



sé Martí y el dominicano Máximo Gómez, forman la trilogía excelsa con que las Antillas cierran gloriosamente el ciclo de la emancipación americana.

Primero, antillano

La primera vocación de Hostos fué la milicia, y en ésta, el arma de artillería; pero el padre, que había sido escribano real y Secretario de la reina Isabel II, le inclinó a la jurisprudencia, que sin duda le abriría cómoda carrera en la Corte.

Entre los estudios secundarios, que cursó en Bilbao, y el inicio de los universitarios, en Madrid, Hostos hizo dos viajes a Puerto Rico. Entonces se le reveló el régimen colonial, que tenía, muy abajo, en la sima, al negro esclavo, y muy arriba, en el ápice, al militar peninsular omnipotente. Herida su conciencia por tal espectáculo, después del segundo viaje, compuso y publicó en Madrid su primer libro "La peregrinación de Bayoan" que fué, según su propia expresión: "un grito sofocado de independencia por donde empecé mi vida pública".

En Madrid milita, y cuán vigorosamente, en el grupo revolucionario de Castelar, Giner de los Ríos, Salmerón, Azcárate, Pi y Margall, Ruiz Zorrilla, Valera, Sagasta, Leopoldo Alas. Agita, inflama, conspira. Años después dirá a su padre: "la indiferencia con que me encerré en 1868 en mi casa, cuando los mil que nada habían hecho por el triunfo de la Revolución de Septiembre pavoneaban delante de mí las migajas del poder que debían a la situación que yo había contribuido a crear; el exclusivo ocuparme de las Antillas, cuando nadie se ocupaba de ellas; mi rompimiento con España por defender a Cuba..."

Cuando de Barcelona le llama la juventud liberal para "cooperar a una acción desinteresada y generosa", pues había allí "un partido liberal que buscaba un foco, hay un ansia de progreso que necesita satisfacción", y es necesario que él, Hostos, "trate de realizar ese pensamiento"; publica "El Progreso", para servir activamente, así lo expresa a Nicolás María Rivero, "el renacimiento social, acaso más próximo en este momento de decadencia universal y de los principios del Partido Progresista", y lo concreta en estas fórmulas: "Libertad individual asegurada por la consagración legal de todos los derechos del espíritu; y Libertad municipal, fianza y práctica a un mismo tiempo de la libertad individual".

El programa de su prédica periodística se lo comunica al general Espartero, jefe del Partido Progresista, y a D. Salustiano de Olozaga, refugiado en París, a quien considera el jefe intelectual de ese partido. Y en él estampa que quiere: gobierno y asambleas coloniales para Cuba y Puerto Rico. En carta a Olozaga, Hostos le refiere como "la mala fe y el patriotismo ciego han dicho que queríamos la independencia de las islas, es decir, lo contrario de lo que dice la declaración. Deseo saber si Vd., como yo, opina

que las Antillas no pueden seguir regidas como están, si opina Vd., como yo, que el régimen actual nos lleva inevitablemente a la anexión (a Estados Unidos, se sobreentiende); si Vd., como yo, desea la pronta independencia de Cuba y Puerto Rico; pero de tal modo que independencia no sea rompimiento de relaciones, sino creación de las que no existen hoy; de las relaciones del afecto y del interés material, moral y etnológico".

A poco, el capitán general, Conde de Cheste, trunca la prédica de "El Progreso", que se desarrollaba lánguida entre la asfixiante vigilancia del fiscal censor y la adversidad artera y solapada y la conspiración del silencio que pone plomo en las alas más vigorosas. Al general Prim le había escrito: "creyendo lo bastante en las fuerzas de la juventud para creer en la eficacia de las ideas, dispuesto a auxiliar a los que realicen o intenten realizar nuestro ideal político; resueltos a combatir a quien burle las esperanzas del progreso político de Europa, nos encerramos en los límites determinados por nuestros principios y en la esfera de acción que las circunstancias y nuestra clara línea de conducta delinean".

En Madrid, han encarcelado a su amigo Salmerón y a su maestro Sáez de Río. Al primero, le exhorta: "ya que nos prohíben ser hombres a la luz del día, seamos hombres a la luz de la conciencia, y en vez de maldecir, bendigamos la intemperancia de la idea agonizante. Que una idea y no un hombre, un poder que caduca y no un poder transitorio, es lo que viola en ustedes la conciencia encarcelada". Y al maestro venerable, escribe el mismo día: "Bienaventurado el que sufre persecuciones por la verdad, y bien hallado el que vive en sí mismo, y puede, con benévola sonrisa, lastimarse del error de las pasiones. Perdónelos usted, maestro, los infelices no saben que se hieren. Piensan que el arma que mal usan, mata, en el hombre, la idea que odian y se engañan. La muerte de esta herida es la idea infernal que hace tres siglos se pudre en toda Europa y hace tres siglos pudre a España".

En agosto de 1868 está en París. Ha pensado en venir a América, pues no cree ya en la revolución española. Ha advertido que Pi y Margall "no tiene fondo", y que Castelar "sólo tiene superficie"; pero éste le llama a Madrid, con el augurio de que "puede ser un triunfador en la revolución española". En la frontera, en ruta hacia Barcelona, supo que Isabel II había caído en Alcolea al empuje de Serrano, a quien ella en devaneos moceriles denominara "el general bonito".

En octubre Hostos está en Madrid como franco beligerante por las Antillas: reclama que la Revolución de Septiembre satisfaga los compromisos contraídos con ellas.

En "El Universal" imprime: "Revolucionario en las Antillas, como activa y desinteresadamente lo he sido, lo soy y lo seré en la Península; como debe serlo quien sabe que la revolución es el estado permanente de la sociedad, quien no puede ocultarse del movimiento, sin tener la necesaria propensión de las ideas a realizarse, re-

volucionario en las Antillas, forzosamente estacionarias y forzosamente propensas a moverse, quiero para ellas lo que he querido para España. Y así como lo primero que quería para España era dignidad, cuya falta me angustiaba, y y más que otra cosa me obligó a emigrar, así lo primero que quiero para Puerto Rico y Cuba es dignidad".

Para ponderar el valor de Hostos, hay que tener en cuenta que en Puerto Rico se reprimió con sangre la intentona de Lares en ese año, y que Cuba estaba en armas. Hostos tremola la bandera abolicionista y pide el gobierno propio para las dos islas. "Sin igualdad civil, increpa, sin igualdad política no hay dignidad, sin dignidad no hay vida. Las Antillas no viven, languidecen, como languidecía la tenebrosa España de Isabel de Borbón". Y en los últimos días de ese año del triunfo de la revolución española, Eugenio María de Hostos enjuicia el régimen colonial en la tribuna del Ateneo. Al pie mismo de ésta, su presidente, Moreno Nieto, le abrazó con este comentario: "Señor Hostos, lo hemos perdido". "No, replicóle Hostos, me han ganado".

Castelar, en carta de 8 de febrero siguiente, le promete que: "en cuanto vaya a las Cortes pelearé la responsabilidad del Gobierno Provisional por su política reaccionaria y por las leyes con que ha vulnerado la igualdad de nuestros hermanos de América. Más tarde, cuando tratemos la organización política del país, reclamaré con mi palabra y apoyaré con mi voto la autonomía en las dos islas, única solución justa, único medio de conservar la integridad del territorio nacional". "Cuenta Vd. conmigo, agrega, para agitar la opinión, para hablar, para escribir, para hacer manifestaciones en el sentido de esas soluciones (parlamento y gobierno propios para Cuba y Puerto Rico) que creo patrióticas y justas... Y ya saben cuantos me conocen un poco, que defienden la libertad para todos, y que no admito ni excepción ni transacción de ningún género. Con América, con toda América, tengo especiales deberes. Tengo allí pueblos y gobiernos a quienes debo agradecimiento eterno".

El tribuno Castelar no cumplió sus promesas. El gobernante Castelar se humilló ante las furiosas turbas de voluntarios cuando el sacrificio de los expedicionarios del "Virginius". Por eso Hostos le tildó de "desleal y artificioso" y "traidor a los principios". Pi y Margal, por su parte, aunque con franqueza, se le negó a llevar a las Cortes la cuestión de las Antillas. Hostos se la plantea entonces a Serrano, presidente del gobierno provisional. El soberbio Duque de la Torre, título éste que le valieron las intrigas anexionistas con el presidente Santana, de la República Dominicana, consideró impertinencia esa reclamación de justicia para las que habían sido sus islas.

Rehusó Hostos la representación de Puerto Rico en las Cortes. No había aceptado la gobernación civil de Barcelona, lo que admiró a Ruiz Zorrilla. Estaba solo. Más allá del mar lo esperaba la siembra prolífica. El 10 de octubre de

1869, precisamente el primer aniversario de la revolución cubana, en camino de Nueva York, le escribe al padre, que va a "intentar con esfuerzos personales, con las armas en la mano, la conquista de la independencia".

Años más tarde, cuando Benito Pérez Galdós trace con peñola vigorosa los cuadros de los Episodios Nacionales, en "Prim", en el relato del motín sangriento de la famosa noche madrileña de San Daniel, surgirá en su mente la viril figura de Eugenio María de Hostos así: "En el pasillo grande del Ateneo permanecían dos corrillos de trasnochadores. El más nutrido y bullicioso ocupaba el ángulo próximo a la puerta del Senado; allí analizaba la bárbara trifulca un antillano llamado Hostos, de ideas muy radicales, talentudo y brioso..."

Patriota íntegro

No cabía la isla de Puerto Rico en la Constitución de España. No cupo tampoco en ella Eugenio María de Hostos, según lo declaró rotundamente al llegar a Nueva York, en el otoño de 1869, atraído por la seguridad que le daban de Puerto Rico de estar "todo organizado" para el levantamiento, y habérsele escrito de Nueva York que "saldría una expedición militar para Puerto Rico".

Mientras, aporta su talento, su coraje y su aptitud para el sacrificio a la causa cubana. Se afilia a los clubs revolucionarios, funda uno, pronuncia discursos, escribe, dirige el órgano de la Junta Revolucionaria, "La Revolución" y se gana el pan escaso con traducciones para la editorial Appleton.

Pero en aquel ambiente revolucionario su patriotismo integral de antillano repulsa a quienes, siguiendo la gravitación de la industria azucarera cuyo mercado único era la Unión, pues España cerraba los suyos a la producción de Cuba, buscan la solución del tremendo problema de la isla en la anexión a los Estados Unidos. La Junta no compartía su programa de independencia absoluta. Confederación de las Antillas y unión de la raza latino-americana. Para preservar la pureza del principio revolucionario en Cuba y exaltar el espíritu revolucionario en Puerto Rico, como lo confía cuatro años después en carta a sus amigos chilenos Manuel Antonio y Guillermo Matta, publicó y envió una proclama, explicando para qué y por qué rompió con España y poniéndose a disposición de su país. "Era quemar las naves", así lo expresa, y agrega: "y no pude pensar que hubiera quien me hostilizara por aquella mera abnegación, que me incapacitaba absolutamente para volver para atrás; y por aquel acto de lógica que aumentaba irremisiblemente el número de los decididos a todo. Sin embargo, tuve el privilegio de ser hostilizado a la vez por los revolucionarios, que creyeron reivindicación del primer puesto a mi proclama, y por los indecisos de mi país..."

En discurso pronunciado en el club político, "que entonces compartía la influencia de la Junta" (la observación es de Hostos), éste planteó



el problema. En la citada carta, resume en sustancia el discurso: "Este es, dijo, una fracción del pueblo cubano y portorriqueño que no ha venido aquí para huir de los españoles; sino para encontrar recursos militares con que combatirlos, auxiliando a la Junta, que es representante del gobierno de Cuba, o sin contar con ella; porque los emigrados representan al pueblo y éste no ha delegado su poder de hacer por sí mismo lo que directamente puede hacer. En tanto que la emigración reúne recursos para arrojar de las islas a los españoles, puede y debe aprender a arrojarlos de su propio espíritu, y para esto es necesario que se dé cuenta de lo que significa la revolución, que aumente su amor a las ideas, que disminuya su odio inútil a nuestros adversarios, porque las revoluciones se hacen con ideas y no con odios, que vayamos adhiriéndonos a los principios, que tengamos la unión que ha de salvarnos".

En esa carta, Hostos, refiérese a otro discurso que pronunció en ese club político, presentes "el general norteamericano Mac Mahon y otros hombres inteligentes, partidarios de Cuba anexionada". Hostos propuso y redactó una proclama, firmada en el acto por los hombres más responsables y más ricos de la Junta, en la que se ofreció a los portorriqueños cuantos recursos necesitaran para alzarse, y haciendo constar que "los cubanos eran independientes". "Jamás orador alguno, consigna Hostos, ha sido bendecido como lo fué en aquella noche el que representaba la pureza de la revolución de las Antillas". Después, cuando en el Congreso de Colombia se presenta moción en favor de Cuba, Hostos patentiza "que los antillanos nos declaremos hermanos y continuadores de los independientes del Continente". Encargado de redactar el mensaje de gracias a los diputados colombianos, Hostos, escribe: "redacté el programa completo de la revolución de las Antillas; se me hizo por la Junta, por todos los anexionistas y por algunos portorriqueños y cubanos celosos, una oposición despiadada que estuvo a punto de dar en tierra con lo mismo que se había aclamado con gritos incesantes de entusiasmo. Pero al fin prevaleció la idea, y la parte más sana de la Emigración declaró suyo aquel programa".

La concepción de Hostos conformábase a los imperativos geográfico-históricos. El Pacto Americano de Bolívar, en el Congreso de Panamá en 1826 incluía la expedición militar para liberar a Cuba y Puerto Rico. Entre ellas y Santo Domingo, la independencia debía ser correlativa. Así lo enseñó la anexión de la República Dominicana a España en 1865, urdida por gobierno infidente a la nación con Serrano, capitán general de Cuba. Y acaso, de cumplirse el proyecto del presidente Grant, de anexar a los Estados Unidos la República Dominicana, en 1871, no habría quedado definido entonces el destino de Cuba y el de Puerto Rico, pues, desde los días de Jefferson la política internacional de la Unión las unificaba a sus intereses y Grant en mensaje al Congreso de 1870 expresó: "La ad-

quisición de Santo Domingo es una aceptación de la doctrina de Monroe. Es una medida de protección nacional... Es arreglar la desgraciada condición de Cuba y concluir con un conflicto exterminador".

Hostos, años más tarde, en la Escuela Normal de Santo Domingo, en discurso que ha sido juzgado ápice del pensamiento filosófico americano, promulgará el egoísmo que lo guía: "formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos..." "Y cuando ya las legiones de reformados de conciencia y en razón, por buscar lógicamente la aplicación de la verdad a un fin de vida necesario para la libertad y la civilización del hombre en estas tierras y para la grandeza de estos pueblos en la historia, busquen en la actividad de la virtud patriótica la Confederación de las Antillas, la Confederación pasará sobre ese muerto", es decir, sobre aquel vivo que no tuvo el egoísmo de alistarse en tal "alta empresa".

Hasta el 4 de octubre de 1870 bregó Hostos en Nueva York, agobiado por el dolor de su riente patria nativa en primer término. Su coetáneo Basora escribía: "la independencia de Puerto Rico volverá loco a Hostos"; y éste a su progenitor: "si los coetáneos lo niegan, la posteridad dirá que Eugenio María de Hostos fué el verdadero director de la revolución de las Antillas". Y recogido en su generoso ánimo, ante las adversidades y la incomprensión que le acosan, estampa en su "Diario": "Es necesario hacer esfuerzos de carácter, para hacer conocer que el hombre que juzga a España sin el odio ni la pasión que parecen necesarios en esta empresa, es un hombre de esfuerzos morales e intelectuales".

El peregrino apasionado

En el prólogo de la segunda edición de "La peregrinación de Bayoan" en Santiago de Chile, Hostos apunta: "Raynal, Robertson de Pradt, Prescott, Irving, Chevalier, me presentaron a América en el momento de la conquista, y maldije al conquistador. Un viaje a mi patria me la presentó dominada y maldije al dominador. Otro viaje posterior me la presentó tiranizada y sentí el deseo imperativo de combatir al tirano de mi patria. El patriotismo que hasta entonces había sido sentimiento se irguió como resuelta voluntad. Pero si mi patria política era la isla infortunada en que nació, mi patria geográfica estaba en todas las Antillas, sus hermanas ante la geología y la desgracia, y estaba también en la libertad, su redentora".

El 4 de octubre de 1870, Eugenio María de Hostos, que había creado a "Bayoan" infundiendo al barro indígena fe en América, emprendió la peregrinación hacia estas tierras continentales sudamericanas. Cartagena de Indias y Panamá fueron sus primeras etapas.

La tercera, Lima, de meses. Allí funda la Sociedad de Auxilios para Cuba y la Sociedad de



Amantes del Saber, en pro ésta de la enseñanza; y fundó "La Patria", un diario en que defiende la doctrina liberal, y al inmigrante chino, que la usura y el latifundista explotan. Allí dió este altísimo ejemplo de solidaridad: estudiábase el proyecto de ferrocarril a la Oroya de una firma extranjera, que propuso a Hostos, a cambio de un solo artículo suyo favorable, entregarle \$ 200.000 para la revolución de Cuba. Hostos lo rechazó; la noble causa de Cuba no debía prosperar con daño de los intereses del pueblo hermano del Perú! A poco separóse de "La Patria", pues, según noticia de Ricardo Palma, el propietario de ésta "pretendió alterar el programa del que hasta entonces había sido diario liberal e independiente".

En Chile permanece más de dos años. Recorre medio país en la propaganda cubana, entre la montaña y el mar. Funda también sociedades pro auxilio de Cuba y en favor de la enseñanza. Colabora en "La Patria" de Valparaíso y publica la segunda edición de "La peregrinación de Bayoan", y la Memoria de la Exposición de Artes e Industrias, premiada con medalla de oro. Pugna en varias conferencias por el ingreso de la mujer en las aulas universitarias, y forma con éstas el libro "La enseñanza científica de la mujer", y escribe los estudios sobre Plácido, el poeta cubano, y sobre Hamlet, el que a distancia de casi medio siglo, Mitre y Rufino Blanco Fombona habrán de reputar el primero de cuantos se han escrito acerca del drama inmortal.

Activo, inquebrantable, viaja, escribe, pero, y anuda amistades. Nobles amistades. Pero su penuria era tanta, que un día el general Pedro Godoy, veterano de la guerra de independencia chilena, conmovido de tal situación, con la carta en que le pide comparta su hogar, le envía \$ 200 en dos billetes. Hostos, sine ira et studio, como le contesta, devuelve el dinero que no ha solicitado, "con gratitud y con respeto", "pues al intentar hacerle un servicio material, le ha hecho el más preñado de los servicios morales". "Que servicio igual al de probar el amor de verdad y de justicia en un amante frenético de ambas". "El dinero, prosigue Hostos, es para mí, ni más ni menos, un instrumento económico, no lo busco hasta que las necesidades me lo exigen. Cuando lo exigen y el trabajo no me lo da, hago esperar las necesidades. Si no esperan vacilo, pero no tengo inconveniente (tan inmutable es mi fé en mi honradez) en decir: "Amigo, un hombre honrado necesita de un honrado". Cuando se "consagró al servicio de su patria y de sus principios, inside Hostos, se habría creído indigno del apostolado y del martirio si no hubiera hecho abnegación de todo. Y vea, lo único que yo no perdono a esta América latina es que me haya obligado a aprender que para ser mártir se necesita ser rico".

En Chile cumplió Hostos grande sacrificio sentimental. En su estudio de Hamlet late la sangre: es por la pasión que le inspiró una línea. Se arrancó el dardo con entereza; pero a poco se siente profundamente sacudido este

varón tan firme. La copa está al alcance de su sed angustiosa de ternura, de comprensión. Plantéasele el dilema de su deber y de su dicha, allí mismo, ante las dulces pupilas que alientan y hechizan. Transcribió en el primer pliego de la segunda edición de "La peregrinación de Bayoan", esta frase de su personaje: "A Carmela. Ni una lágrima, ni una queja, ni un suspiro". Y siguió altivo por el áspero camino del deber...

Arribó Hostos a Buenos Aires el 29 de septiembre de 1873. En carta de Valparaíso, Santiago Estrada le ha prevenido que si las riberas del Plata "tienen abrojos, también guardan savia para las buenas semillas". "Y quien por libertad suspira, no debe olvidar que Buenos Aires fué cuna de la libertad de Sud-América. El hogar de mi padre, mío y de mi hermano tendrá siempre asiento y sombra aparejados para el peregrino de las Antillas".

En "El Argentino" de José Manuel Estrada, publicó el 31 de octubre y el 8 de noviembre sus primeros dos artículos: "Los canales magayánicos", en el último de los cuales evoca el océano Pacífico, que pronostica, "arrullará la cuna de la nueva humanidad". Entonces dejará de mirar hacia el Oriente la gran familia que en norte y mediodía, levante y poniente, en ecuador y trópicos, ocupa en buscar y obedecer inspiraciones de otro mundo social e intelectual, el tiempo que debiera emplear en seguir las inspiraciones de la naturaleza. Entonces toda esa familia descaminada convertirá su vida hacia occidente, por allí hay todo un mundo que poner en movimiento, y esa ha de ser su gran tarea". "Mas de aquí a entonces, muchos serán, océano Pacífico, los que lleguen a ti y se alejen de sus aguas sin pensar que, así como el Mediterráneo ha sido el canal de la civilización greco-romana, que como el Atlántico ha sido y sigue siendo el transmisor de la civilización europea al nuevo mundo, así tus corrientes impulsarán hacia el continente marítimo la civilización americana".

Antonio S. Pedreira, que para escribir su libro "Hostos, ciudadano de América", pudo compulsar el "Diario" de Hostos y papeles íntimos y correspondencia, consigna que al arribar a Buenos Aires Hostos recibió "el saludo cariñoso de los amigos y desconocidos que le esperaban. Alentador y grato fué aquel recibimiento para quien estaba acostumbrado a la indiferencia". Acá, prosigue la pugna por Cuba, viaja a Río Cuarto y a Rosario; polemiza con españoles. Hubo un conato de duelo en que lo apadrinan y disuaden Guido Spano y José M. Estrada. De la misma fuente biográfica es el dato de haber sido huésped de Mitre en quinta de Belgrano y de haber pronunciado Mitre el discurso en la comida con que le despidieron sus amigos.

Al partir Hostos, hombre sincero, en carta a Mariano Valera, en quien personifica sus grandes sentimientos al país, publicada en "La Tribuna" el 23 de febrero de 1874, manifiesta: "A caso a ningún país debo yo la indulgencia cariñosa que éste me ha concedido; pero no será la gratitud vocinglera la que hable por mis labios".



Declara haber recibido una enseñanza "en esta sociedad que sale del dolor por el trabajo". "No había pasado, decía, ociosamente por delante del país, labrador de su destino". De bruce sobre la ancha página de "La Tribuna", con fervor admirativo por la prodigiosa realidad que la Argentina aporta hoy a la civilización americana, he copiado párrafos de esa carta de Hostos. Helos aquí: "El pueblo argentino está en la historia y vino a ella con una fecundísima precocidad. Aun era esclavo y tuvo todas las virilidades de los libres al rechazar victoriosamente una invasión. Era colono y tuvo todas las expansiones de la independencia al conquistarla. Era débil y tuvo toda la osadía de los fuertes al imponerse la misión de pueblo libertador".

"Era apenas nación y ya combatía triunfalmente por salvar el lejano destino de nación. Era una sola ciudad conmovida por la actividad de sus ideas, cuando quiso reducir a su ideal a los elementos menos preparados para comprenderlo".

"Era un ensayo de democracia y tuvo veinte años de constancia para imponer a la autocracia, amparada en la barbarie, la ley de la civilización y la forma definitiva de las organizaciones democráticas. Era un convaleciente de una formidable tiranía y tiene toda la salud de la libertad. Es un recién nacido del progreso, concibe y realiza las ideas más generosas y los hechos más fecundos del progreso".

"Visto por fuera, el pueblo argentino está lleno de promesas. Trabaja como bueno. Es tan osado explicador del porvenir, que, como los anglosajones de América, parece que ha situado su porvenir en su presente".

"Ha suprimido el desarrollo moral de toda vida y de un ímpetu solo se ha colocado desde la infancia vacilante en la temeraria juventud. Fijo un ojo en Europa, otro en América, se exhiba allí en propia atmósfera moral e intelectual, señálase aquí el círculo de acción más vasto y más generoso que ambicioso, aspira más a la dirección intelectual que a la política de la raza cuya virtud más poderosa, la expansión, posee en grado eminente".

"Vista por dentro, la República Argentina tiene aún más recuerdos del pasado colonial; en la enseñanza aun corrosiva de sus veinte años de esclavitud política; en la levadura de la barbarie que sus condiciones orgánicas, tanto como su ignorancia de las formas reales de la libertad, hicieron fermentar y mantener en fermentación latente obstáculos que es necesario separar y que denotan un desnivel peligroso entre la parte de la sociedad culta que se ha apoderado del secreto de su vida y la parte mayor de sociedad inculta que propende a las formas anárquicas en la conducta de la vida.

"Este contraste que en cada movimiento de la joven sociedad se patentiza; en cada desarrollo de su fuerza es perceptible; que en la vida parcial de las provincias como en la vida total de la Nación toma formas palpables; que crea dos atmósferas intelectuales, una para el

pueblo ineducado, otra para el pueblo que se educa en ese espectáculo del progreso material; este contraste se manifiesta con estallidos de dolor en la misma prensa periódica, servidora leal del pueblo culto en sus diarios más dignos de respeto, servidora inconsciente de la barbarie en sus diarios más dignos de ciudad vigilante".

Hostos ha observado, pues, el formidable dinamismo de la creación nacional argentina. Por otra parte, percibía la concordancia de aquella generación en "toda América" en las "mismas aspiraciones, a lo que, por humano, por americano, por lógico, por bueno, por desinteresado o virtuoso, choca o escolla en los salvajes con las concupiscencias de la época", lo que para él significaba "hallar más auxiliares de lo que podría esperarse para la causa de Cuba"; y esto lo expresa en la carta con que agradece al presidente de la sociedad Fraternal Bolivariana de Buenos Aires la designación de miembro honorario de ella.

En carta pública, el día del aniversario de Cuba, ha mencionado al primer magistrado del Perú D. Manuel Pardo, a quien envía el impreso. Este, al corresponderle en carta privada, le explica, cómo "antes de tomar una iniciativa oficial" ha pensado estudiar el terreno en las demás repúblicas americanas para ver si acogían o no la idea del Congreso de Plenipotenciarios, para resolver la actitud que convendría a los hispanoamericanos en la presente lucha de España y Cuba, ante la cual si la opinión está completamente formulada en Sud-América, los gobiernos no la han sabido interpretar". "Sólo ha encontrado, agrega, acogida en los chicos, y como V. comprenderá sin necesidad de que me detenga en ello, la ausencia de los grandes en una asamblea de ese género no haría ningún bien a Cuba y desautorizaría la iniciativa del Perú y la importancia de las resoluciones que se adopten". Y aconseja esperar, pues "el tiempo es el aliado más poderoso de las buenas causas".

Su amigo chileno Manuel Antonio Matta, le comunica a Hostos desde Santiago sus esfuerzos en pro de la causa cubana, expresándole que ninguno de los gobiernos americanos es bastante fuerte para servirla, renegarla o perseguirla, actitud que es prueba de que "hay una chispa inextinguible, que se conserva y aguarda su época, sus hombres y sus tiempos". Prensa y periodistas, agrega, "no han sabido comprender sus deberes ni su poder en cuestiones como ésta". La palabra austera de José Manuel Estrada, en la página ya clásica "La cuestión de las Antillas", interpretó "la conducta de Sud-América en aquel momento en que, a su juicio, ya había pasado el Continente", "por la suma de pasiones, de arrebatos, de odios, de amores frenéticos y de movimientos heroicos por que atravesaban las Antillas; y por tanto, "las convicciones y leal simpatía del pueblo argentino y del resto de la América Continental, favorables a la causa de los revolucionarios cubanos, no tomarán proporciones tales que puedan de-



terminar una cooperación efectiva a su victoria, ni oficial ni particularmente". "La solidaridad americana, concluyó, es un bello ideal, pero no es una realidad fecunda".

En el último párrafo de Estrada, repercutió la vibración argentina concordante con "el calor de la palabra patriótica y potente" de Hostos, con su "estremecimiento en presencia del holocausto que acaba de ser ofrecido en los altares de una deidad implacable". Tales fueron sus propias palabras ante la terrible noticia del sacrificio de los 80 expedicionarios del vapor "Virginus", que tan hondamente conmovió a Hostos; y decidió, tras profunda meditación, ir a Cuba a combatir con las armas. "Yo he venido a la América Latina, le escribió al rector Vicente Fidel López, al declinar su oferta de una cátedra en la Universidad de Buenos Aires, con el fin de trabajar por una idea. Todo lo que de ella me separe, me separa del objeto de mi vida".

Encrucijada en la peregrinación

Acaso no llegaron a destino las dos cartas que Hostos escribió a su padre, una desde Buenos Aires, y la otra desde Río de Janeiro, exponiéndole su resolución y las cuales menciona en la que en abril de 1874 le ratificó desde Nueva York que iría a Cuba a "consumar con la acción lo que he predicado con la palabra". "A pesar de que este paso es perfectamente natural, explicábase, en un hombre que ha tratado de ser tan lógico como yo, no lo daría tan pronto ni en la dirección que llevaré, si las injusticias cometidas con los expedicionarios del "Virginus" no hubiesen concluido de exacerbar la casi creo funesta pasión de justicia que me domina." En el examen que en ella hace de su vida, apunta: "mi temeraria propaganda, siempre solo y sin recursos, por Colombia, Perú, Chile y la República Argentina; las posiciones, el bienestar y hasta la felicidad que en todos esos queridos pueblos he rehusado por seguir en mi empresa, actos son que los hombres no comprenden, porque los hombres no comprenden el sacrificio de una vida a una idea".

En las impresiones de Santos que Hostos envió a "La Tribuna", decía: "Sea posible o imposible la patria americana, yo soy un patriota americano que guiado por el amor a la justicia y aspirando a la absoluta imparcialidad, estudiaba en la carne viva de estas sociedades el secreto de su vida pasada, presente o venidera, para morir seguro de que alboreará para la humanidad el día de una nueva civilización, y de que ese día tiene por orto el continente en que se funden todas las razas y todas las ideas". Y cuando ya en junio de ese año presiente la frustración de su esperanza heroica, en carta a Guillermo Mattá, le confía: "Yo puedo y debo servir a la humanidad, que es más grande que la patria y más capaz de comprenderlo, y estoy resuelto a retirarme a Suiza o a Alemania para convertir en obras perdurables el pensamiento y la experiencia de mi vida, o hacerme de toda América Latina en general, y de Chile o Argen-

tina en particular, una patria de mis ideas en la cual pueda vivir olvidado y pensar trabajando y siendo útil".

Pero Hostos no estaba vencido; no. Le afligía en la noble entraña las vicisitudes de su padre y hermana en Puerto Rico, en quienes se enseñaba la hostilidad que provocaban sus esfuerzos por crear, según propia expresión, "una sociedad en Puerto Rico en la que los hombres sean menos colonos por ser más hombres". Y al fin, el 29 de abril de 1875, logra embarcar en Boston para Cuba en compañía del general Francisco Vicente Aguilera. Van cuatro revolucionarios y seis marineros en viejo bergantín, que furiosamente sacudido por temporal tropical, a los tres días de navegación hizo agua y en peligro inminente recaló en el puerto más próximo, Newport, a cien millas de Boston. El general Aguilera, el prócer que compartía con Céspedes la iniciativa en aquella empresa libertadora de Cuba, escribió a Hostos: "Usted ha hecho más que yo, amigo mío, en obsequio de la libertad de las Antillas. Usted se lanzó desde el principio de nuestra revolución, sin consultar sus sentimientos más caros, a los azares de una emigración larga y penosa por toda la América del Sur, y su eficaz propaganda nos ha producido ya muy buenos frutos. Posteriormente, con su carácter decidido y entusiasta por la libertad de Cuba, me ofreció usted acompañarme para compartir con nuestros hermanos los azares de la guerra. Nos embarcamos en el "Charles Miller" y pasamos juntos los sinsabores de esa navegación tan corta como desgraciada".

Persistía Hostos en ir a Cuba, "aunque fuese una locura", como lo escribía; luchaba en New York con la adversidad pecuniaria sin aceptar ayuda de los revolucionarios, ni la del propio Aguilera; cuando sus compatriotas expulsos le llamaron a Puerto Plata, en la República Dominicana, en donde había de encontrar "algunos de los mejores amigos de su vida". Pero el gobierno español, advertido, impidió la realización de sus planes de insurrección en Puerto Rico. Fue su primer contacto directo con Quisqueya, como le nacía denominarla. El Pacto del Zanjón, en 1878, terminó la insurrección cubana.

El centro logístico

Eugenio María de Hostos, cuyo matrimonio con Belinda Otilia de Ayala, hija de un emigrado patriota cubano, había bendecido dos años antes el arzobispo de Caracas, establecióse en marzo de 1879, en Santo Domingo, como director de la Escuela Normal, fundada conforme a sus planes pedagógicos.

Desde el descubrimiento, la isla Española había sido el centro logístico del Mar Caribe, La Antilla-centro, la definía Hostos.

A lo largo de los siglos las luchas, continuas primero, con los bucaneros, filibusteros y piratas; con el colono francés después, diéronle a sus habitantes temple aguerrido. En 1808 reconquistan estos con jefe nativo la colonia de las tropas napoleónicas y en 1821 separáronse

de la Corona, cerrando ese último período de la dominación hispana que se conoce en su historia como el de la España-Boba. Haití, que tenía ya veinte años de constituida en Estado independiente, con población de más de 600.000 habitantes, en territorio que había sido valiosísimo emporio colonial, realizó la unidad de la isla por las armas: invadió y sujugó durante veintidós años a los dominicanos; pero la República Dominicana renació en 1844 como fruto pujante de la cultura hispanoamericana, no obstante que sólo contaba en su territorio 85.000 habitantes, a lo más, sin agricultura y, por tanto, sin industrias ni comercio. La guerra de independencia duró hasta 1856; y en su transcurso irrumpió Haití dos veces en su territorio: la última con 40.000 hombres al mando del pintoresco emperador Faustino I.

Tal beligerancia, que devoraba todos los recursos de los dominicanos, creó la conveniencia de buscar el equilibrio más allá del mar, de donde, contra la voluntad de la Nación, la reincorporación a España en 1861, y la consiguiente restauración política fruto de cuatro años de heroísmo. Ambas guerras fueron la escuela en que se formaron Máximo Gómez, Modesto Díaz, los Marcanos, que dieron la organización militar a la naciente insurrección de Cuba en 1868, y Gregorio Luperón, el caudillo en que ponían sus esperanzas, Hostos, Betances y otros patriotas puertorriqueños, para la empresa de liberación de Puerto Rico.

Gregorio Luperón, autodidacta, de temple acerado, bravo y elocuente, idealista, predominó en la guerra de restauración y luego en las luchas civiles como caudillo del liberalismo. De él escribía Hostos, varios años más tarde en Chile: "Luperón no se contentó con ser una de las más enérgicas encarnaciones que el antillanismo tenía en la Antilla-centro". "Si hubiera de juzgarlo como hombre levantaría con orgullo la cabeza para declarar que fué uno de los hombres a quienes más altas prendas conocí, por lo cual fué uno de los hombres a quienes más he estimado" Comparó su acción en esa guerra contra España con la de Gambetta en Francia, y explicados ambos escenarios, en cumbre la del prócer dominicano. "El antillanismo, escribió Hostos cuando murió Luperón, la hermosa quimera que los puertorriqueños hemos concebido; que con el ánimo y el brazo de Luperón habríamos realizado; que con ánimos y brazos como el del héroe muerto llegaríamos al fin a realizar. No es más que la unión de las Antillas en las libertades del derecho; en los adelantos de la riqueza y el bienestar de las Antillas; en el progreso de la verdad hecho conocimiento útil; del bien hecho virtud económica, social e individual".

La Escuela Normal de Santo Domingo, creada por decreto del presidente provisional Luperón en 1879, había de ser el alma mater del antillanismo. Por eso cuando cuatro años después gradúanse los primeros seis maestros normales, en la oración que Hostos pronuncia en su

local, que fué otrora iglesia de la Orden Tercera, concluía evocando la escena de una campesina que días antes había entrado a orar entre las risas de los alumnos: "Ojalá que llegue pronto el día en que la escuela sea el templo de la verdad ante el cual se prosterne el transeúnte, como ayer se prosternó la campesina. Y entonces no la rechacéis con vuestras risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más las puertas, abridle vuestros brazos, porque la pobre escualida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la confesión de la verdad".

Aquel ambiente, vigoroso y entusiasta, de tan prolífica tradición cultural y patriótica, era el más propicio para el pensamiento de Hostos. Cuando en 1892, ejerza la docencia en Chile, él lo describirá: "Durante diez años los esfuerzos de la Escuela Normal, del Instituto Profesional, de la Escuela Preparatoria, del Colegio en que el presbítero Billini acogió y secundó la reforma, dieron resultados tan satisfactorios que era necesario ser indiferente a la vida y progresos de una sociedad juvenil para no alborozarse con ella y no presagiar bien de suelo y entendimiento nacional en donde tan corto tiempo de trabajo bastaba para tan pingües resultados".

Y séame permitido ahora, señores, ampliar ese breve recuerdo, pues a qué título si no al de informador, ocupó esta tribuna. He de evocar otras figuras históricas, y cuán espléndidas!

La primera, la de monseñor Fernando Arturo de Meriño, sucesivamente jefe del Estado y de la Iglesia, que presentado ya para la mitra primada de América, fué consagrado Arzobispo de Santo Domingo a los dos años de cumplido su periodo presidencial. De majestuosa presencia; de verbo altivo, señoreaba la tribuna parlamentaria y la cátedra sagrada. Defensor brioso de la independencia y de las libertades nacionales, pasó serenamente de la presidencia de la República a la rectoría del Instituto Profesional (entonces no existía la Universidad); y Hostos fué el primero en proponerlo en diario local, así: "Conviene al Instituto y conviene a la República. Conviene al Instituto porque es un hombre de saber y de experiencia. Conviene a la República porque es una buena enseñanza para ella, un buen ejemplo, una elevada manera de practicar la verdadera doctrina democrática, cuya base es la instrucción general". Meriño, por el pensamiento y el carácter tenía el temple de aquellos prelados medievales que, viriles y prudentes, a caballo, como el español Egidio Carrillo de Albornoz, reconquistaban los Estados rebeldes de la Santa Sede y fundaban universidades.

El segundo, Francisco Xavier Billini, sacerdote ejemplar, cuya figura fundió el pueblo de Santo Domingo en bronce y esa ha sido la primera estatua erguida en una de sus plazas. Espíritu ardiente, impetuoso, en brega inquebrantable de solidaridad social: fundó y mantuvo el Colegio de San Luis Gonzaga anexo a su curato de la iglesia de Regina Angelorum, con im-



prenta para editar los textos, de algunos de los cuales era autor, por donde prodigaba a huérfanos y desvalidos el doble sustento. Creó un asilo de pobres y un manicomio, y los sostuvo igualmente con una mano extendida para recibir la limosna que la otra convertía en tales obras perdurables.

Y la tercera, una mujer, la poetisa y educadora Salomé Ureña de Henríquez, directora del Instituto de Señoritas, a la vez que su esposo, Francisco Henríquez y Carvajal, dirigía la Escuela Preparatoria que también menciona Hostos. Y cómo no dejar espacio a la autoridad de éste para reproducir el elogio conmovido y justiciero que dijo a su muerte en carta desde Chile a Federico Henríquez y Carvajal, como su hermano, que he citado antes, colaborador eficaz y amigo fiel: "Hay que llorarla, dijo; son muchos los que estaban interesados en su vida: la patria, que no tuvo corazón más devoto; su discipulado, que no tuvo mejor luz; la mujer quisqueyana que no ha tenido reformadora más concienzuda de la educación de la mujer; su familia, que no tenía mejor ambiente que el de aquellas virtudes morales y sociales tan sencillas; sus corazones, que no pudieron tener centro mejor donde confluyeran tantas admiraciones motivadas, como en aquel cuerpo débil y alma fuerte, que era a la vez una sacerdotisa en el aula, una pitonisa en el arte y un mentor en el hogar".

Hostos, en esa carta necrológica, lamentase de no haber oído a Salomé Ureña de Henríquez cuando le aconsejó quedarse en Santo Domingo, no interrumpir su obra, como ocurriera en 1889, cuando se trasladó a Chile. "Somos ciegos, agregaba Hostos, que andamos a tanteo mientras nos movemos de un lado para otro, siguiendo espejismos o esquivando egoísmo..."

Esa primera etapa de la obra de Hostos en Santo Domingo, tan fecunda, se truncó cuando vencidos los movimientos liberales de 1886 y 1888, con fraude en las urnas y por las armas, se inició el poderío omnímodo de Ulises Heureaux, que duró doce años, hasta la tragedia, acaso única en la vida latinoamericana, en que el dictador defendió arma en mano el poder estructurado con tanta astucia como ambición implacable.

Pedreira, en su biografía de Hostos, consigna que: "siéndole imposible a Hostos toda colaboración con un gobierno ilegal, se alejó el maestro de Santo Domingo, después de haber celebrado con Ulises Heureaux una larga entrevista, que hasta la fecha ha quedado en el misterio". Como Pedreira ha compulsado los papeles íntimos de Hostos, es obvio que éste no dejó nota de tal entrevista. Más de una vez ha circulado desde entonces la especie en charlas, desde luego de difícil comprobación. Quiero, si, traer una versión que no aponto sino como anécdota.

Fué el general Ulises Heureaux hombre tan cortés como valiente, de buen trato y palabra aun meliflua. Jamás incurrió en vejámenes personales. Cada mañana, tocado con gorro de ter-

ciopelo bordado, con su propia mano arrojaba maíz a las palomas de la ciudad que se reunían bajo el balcón de su casa particular, en la cual daba las primeras audiencias. A su despacho de ella, cuéntase, llegóse Hostos, cuya presencia hubo previamente de solicitar Heureaux. Le recibió con el gorro puesto. Hostos se caló entonces su sombrero con ademán altivo.

—Señor Hostos —dijole el presidente Heureaux—, le he recibido así porque dicen que así recibía Napoleón a Talleyrand.

—Mire, general Heureaux —retrucó Hostos con la misma altivez—, ni usted es Napoleón ni yo soy Talleyrand.

El pensador y el guerrero

Extramuros de Santo Domingo extendíase, en dos pedregosas calles en pendiente, la Villa de San Carlos, en donde desarraigados por la insurrección patria se avecindaron pudientes emigrados cubanos que tenían explotaciones de caña de azúcar en el agro aledaño. En lo alto de la cuesta, en la roca viva, la plaza asombrada por higueras silvestres y laureles. En uno de sus lados erguíase la iglesia sólida, enjabelgada de rojo, y cuyo campanario era, con la Torre del Homenaje, los dos pináculos de aquel Santo Domingo, que contemplado aún entonces a la luz del plenilunio, por su arquitectura civil, religiosa y militar, era, como la cristalización de una ciudad española del siglo decimosexto.

En esa Villa edificó Eugenio María de Hostos una casita de madera, y allí nacieron sus cuatro hijos dominicanos. Desde ella, podía su mirada espaciarse en la floresta cercana, que flores y frutas pintaban y aromaban, y otear el Mar Caribe, si en las mañanas manso luego al mediodía deshace sus olas en la costa rispida. En Santiago de Chile, Hostos, no obstante cuanto amaba a Chile, como lo escribía en carta íntima, sentía la nostalgia de esa casita que él no hubiera dejado por palacios, pues afirmaba, "hasta el suelo y el cielo eran propios, pese a los imbéciles que andan disputándole patria al que por fuerza de conciencia se ha incorporado todas las Américas". La consideró Hostos su "hogar completo", en el que sus hijos respiraban "el aire de sus tierras y sus aguas" y en donde, según lo expresaba, podía él solazarse "en el baño de brisa de aquellas nuestras mañanas y aquellas nuestras noches que parecen repetición, mañana y tarde, de las mañanas y las noches de la infancia del mundo, tan puras, tan deleitosas, tan felices son". Esa casita de San Carlos fué su hogar propio, su hogar completo. (Hostos subrayó en la carta que estoy citando, las palabras propio y completo) y hubo de agregar que: sus "cimientos tenían parte de su "sudor" y parte de las lágrimas y la sangre con que ha sido destino mío amasar el pan de los míos".

En 1885 llegó a Santo Domingo Máximo Gómez y se aveindó también en San Carlos. Hostos, en artículo publicado en 1881 había escrito que "después de las tres personificaciones malogradas de la revolución, Céspedes, Aguilera y Agramonte, ningún otro hombre la perso-



nificó tan tenaz, tan viril tan honradamente como Máximo Gómez". "En cierto modo —añadía—, y a los ojos de aquellos que vemos en la Revolución de Cuba el primer paso de una evolución trascendental, Máximo Gómez fué la personificación más absoluta del propósito recóndito de la revolución"... Y: "así cuando un antillano que no es cubano, como Máximo Gómez, no lo es, llega a influir tan poderosamente en un momento de la vida antillana tan trascendental como es la evolución hacia la independencia. ningún otro hombre, aun siendo cubano, personifica tan bien como él personifica el recóndito propósito de la revolución". Y. concluía, que "desde ese punto de vista, que es el más vasto y desde el que se columbran más vastos horizontes, Máximo Gómez es la personificación más absoluta que ha tenido la revolución de Cuba".

He solicitado si hay entre los papeles íntimos de Hostos referencias o apuntes acerca de sus relaciones de entonces con Máximo Gómez, pues ellas fueron, sin duda, frecuentes, íntimas y de recíproca compenetración. Adolfo de Hostos, su hijo, me dice en carta reciente, "no haber encontrado papel alguno relativo a las relaciones con Máximo Gómez cuando vivían en San Carlos". El guerrero sí expresó en página publicada en La Habana, a la muerte de Hostos, ligarle al pensador: "grandes vínculos de amistad, de cuyo afecto me dió más de una vez pruebas inequívocas en circunstancias difíciles de mi accidentada existencia. Lo mismo que el Dr. Betances, era para mí este hombre una especie de mentor alumbrándome el camino con sus sabios consejos y robusteciendo mi fe y mi constancia cuando tratábamos de la redención de Cuba. Un día, no he podido olvidarlo, me dijo estas palabras: "Cada uno por su lado tiene que trabajar y dar duro; tenemos muchas veces, aunque cueste sangre, que abrir campos de claridades. Las evoluciones muchas veces, envilecen y cuestan más caro; por eso cuando se enarbola la bandera de la justicia y del derecho por las manos esclarecidas del pueblo, es muy menguado aquel que piensa en el fracaso, porque se va derecho al triunfo".

En ese artículo de 1881, en concepto de Hostos, a Máximo Gómez, "no obstante que nadie había tenido la fortuna de militar tan victoriosamente como él en favor del propósito, le tocaría la gloria que merece de terminar la primera meta del camino: la independencia de Cuba". Fero "el dolor que ha de costar el hacerle practicable ese camino", según propias palabras de Hostos, le tocaría a otros, es decir, al antillano o a los otros antillanos "que no nacidos en Cuba y consagrados en cuerpo y alma al triunfo de la independencia de Cuba, habían personificado tan absolutamente como Máximo Gómez el principio esencial, la independencia de las Antillas, que será el resultado histórico de la independencia de Cuba y que hasta más absolutamente que él han personificado él o esos antillanos no nacidos en Cuba el principio y el objetivo de la revolución, pues él o ellos han sido los que han

enarbolado la bandera de la confederación que materializa ese ideal". Con este concepto de Hostos coincide Martí, años después, cuando organiza la segunda insurrección cubana con el eje del genio militar y el civismo de Máximo Gómez.

Máximo Gómez, en la página necrológica ya citada, asienta que Hostos por sus ideas políticas pudo muy bien haber descollado como uno de los primeros estadistas de América. "Yo que hablé muchas veces con él en la íntima confianza de la amistad respecto a este particular puede apreciar sus ideas, pero él nunca se sintió inclinado a esa clase de labor aunque encantaba oírlo expresarse tratándose de la independencia de las Antillas, suponiendo incompleto que lo fuera Cuba nada más".

Ante el guerrero, ¿cómo exponía el pensador la concepción que llenó su existencia? ¿Como organización suprema que abarcase a los tres estados insulares, En artículo publicado en Santo Domingo en agosto de 1884, en la gran nacionalidad que vislumbra, caben las tres islas, afines étnicamente, de iguales tradiciones religiosas, políticas, económicas y administrativas, usos y costumbres. Esa gran nacionalidad, concluía, "algún día mediará entre el Norte y el Sud del Continente, como media el fiel en la balanza para ponderar y equilibrar y dar a cada uno lo suyo".

¿Carecía Hostos de temperamento político? Ambición personal no la tuvo. En la carta que escribió a su padre, análisis de su vida a los 35 años, le decía: "Siendo tal vez el hombre más fuerte de mi tiempo, he hecho el mal de pasar por débil, sacrificando a mis doctrinas el poder que hubiera resultado de abandonarme muchas veces a las pasiones que los otros despertaban en mí para obedecerme ciegamente". En los dos países en donde actuó en la madurez, República Dominicana y Chile, se colocó al margen de las controversias locales; pero en su enseñanza abundan las ideas y los medios de fomentar el bienestar colectivo.

Acaso no tuvo la ponderación exacta entre la idea y el acto, entre el sueño y el plan, la virtud ejecutiva, pues, cardinal para el gobierno. La mente realista de Nicolás Maquiavelo trazó en su "Arte de la Guerra" normas que han sido fundamentales, aun en la organización de las milicias modernas. Pues bien, ved esta anécdota, representa a la Señoría Florentina en el ejército de la liga que embestía a Milán, y reunido con varios de sus jefes, trató en vano durante dos horas, bajo el sol, de ordenar una compañía. Juan de Médicis, Juan de las Bandas Negras, reputado como el primer capitán de Italia, que estaba en el grupo, le pidió: "Messer Nicolás, explíquelo usted a mí". Y minutos después, la compañía maniobra conforme a las teorías de Maquiavelo al mando de Juan de las Bandas Negras.

Si no excediese de los límites de esta disertación, sería proficuo espigar en los escritos y correspondencia de Hostos, tales ideas de hombre de gobierno. He aquí un ejemplo de su pers-



picacia política: en carta de febrero de 1868 dirigida desde Barcelona a don Salustiano de Olozaga, el jefe progresista, Hostos preconiza la creación en España de: "Un partido conservador, un verdadero partido conservador, hijo de la libertad, para conservar la libertad conquistada", y le agrega, proponerse demostrar en "El Progreso", que publicaba a la sazón: "que los partidos obedecen consciencia o inconscientemente, a la lógica de los hechos, que se está en un momento de renovación, que si esta se realiza y de ella sale un partido liberal, libre de toda antigüedad tradicionalista, y un partido conservador independiente del torpe medio a la libertad que hasta ahora ha tenido, que si éste se forma por iniciativa del liberal, y con elementos liberales, no será temible a la libertad, la favorecerá, la hará radicar en el país...". Prédica ésta, iniciada en 1865, que también hace constar, "unos no la entienden o afectan no entenderla: "Ciegos de buena fé", comenta, le creían ciego, y jóvenes, hombres experimentados, eminencias consagradas, e inteligencias obscurcidas todos habían convenido fríamente o desacordadamente con vehemencia".

Pues bien, cuando en 1876 el golpe militar de Martínez Campos restaura la monarquía, Cánovas del Castillo organiza el Partido Liberal que acaudilla Sagasta, por cierto amigo íntimo de Hostos, asegura el régimen, encauza y consolida los progresos políticos en que reposa la fama de estadista de Cánova del Castillo.

El arrogante hombre del trópico

Cuando en 1895 reanudóse en Cuba la guerra de independencia, Hostos, que dirigía en Santiago de Chile un liceo, y profesaba una cátedra en la Universidad, actuó allí como Delegado de la Junta Revolucionaria y escribió al general Gregorio Luperón, expulso entonces en Saint Thomas, incitándole a dirigir "el movimiento de las Antillas que Cuba ha vuelto a iniciar", a tomar "la parte que legítimamente le correspondía como uno de los libertadores de América". "Si no me engaño —expresábase—, ha llegado la hora de un movimiento general y es necesario secundarlo o producirlo". En esa carta insiste en su concepto de que la República Dominicana es "el centro natural y fecundo de reunión, concepción, acción y ejecución de los planes que los antillanos ganosos de asegurar el porvenir de las Antillas pudieran formar".

Luperón murió a poco; Pero Hostos, tan pronto pudo vencer las dificultades, entre ellas las pecuniarias, emprendió el viaje con su familia. Mas ¡ay!, llegó a Nueva York dos días antes de que la escuadra de los Estados Unidos triunfante en Santiago de Cuba pusiera proa sobre Puerto Rico, Hostos rehusó participar en la expedición militar de los Estados Unidos que ocuparía a su patria. El lo habría hecho, sí, escribió a su esposa, primero: "para aconsejar a los puertorriqueños que recibieran como libertadores a los norteamericanos, y a éstos que reconocieran la independencia de Puerto Rico, y en

segundo lugar, habría ido con el inviolable carácter de un patriota, no con el de un agente o guía del gobierno y del jefe americano". Resuelto el gobierno de Washington D. C. a anexar a Puerto Rico, agrega Hostos, "no me queda otra cosa que esperar a que se reúna el Congreso y conseguir de congresales previsores que se pongan a la anexión".

Hostos planteó rotundamente los términos en un manifiesto: primero, que el gobierno de los Estados Unidos en Puerto Rico fuese temporal; y segundo, que el pueblo de la isla, en plebiscito, expresase libremente su voluntad. "En los Estados Unidos, promulgó, no hay autoridad, ni fuerza, ni poder, ni voluntad que sea capaz de imponer a un pueblo la vergüenza de una anexión llevada a cabo por la violencia de las armas, sin que maquine contra la civilización más completa que haya entre los hombres, la ignominia de emplear la conquista para domoñar las almas".

Después de organizar en Nueva York la Liga de Patriotas Puertorriqueños, llegó a Puerto Rico tras treinta y cinco años de expatriación, e inició campaña fundada en los principios del Derecho Internacional. Sus compatriotas, que no le respaldaban, aunque le aplaudieran en público, lo diputaron en comisión ante el presidente Mackinley. Compareció en la Casa Blanca. La escena la ha pintado a grandes trazos uno de sus compañeros de misión, el novelista Manuel Zeno Gandía, así: "Hostos fué oído como un prócer; hizo volver la cara a las más eminentes personalidades. Mr. Day, Secretario de Estado, escritor, poeta lírico, le llamó el arrogante hombre del trópico"... Dos figuras se mostraron erguidas en el gran proscenio de Washington: William Mackinley, el presidente vacilante... y Eugenio María de Hostos, reclamando con sus compañeros de comisión el reconocimiento de los puertorriqueños a una patria libre, y la sanción de un plebiscito que expresara cuál era su voluntad... Esta comisión a Washington fué el último gesto de Hostos. Fuí testigo y declaro que fué inmarcesible".

Al pueblo de Puerto Rico le propuso Hostos la disciplina de una Liga, molde de propia personalidad, para emanciparse, por la escuela y por el trabajo, para estructurar la completa definitiva independencia política. Esta Liga, le escribió a Máximo Gómez, en abril de 1899, la tenía "por indispensable para formar el pueblo de Puerto Rico" y "por conveniente para el desarrollo de los pueblos dominicano y cubano, a donde irán, decía, algún día los propósitos y buenas intenciones de la Liga de Patriotas a despertar la idea de una organización metódica de la civilización".

Una vez más el gran luchador se quedó solo, y en ésta, solo en medio de su propio pueblo. A la sazón el gobierno dominicano le llama para confiar a su sabiduría la organización de la enseñanza.

Reanudó, pues, la fecunda tarea interrumpida once años atrás; pero allí, como en toda la cuen-

ca del Caribe, había que enfrentarse con la anarquía demagógica que desquiciaba a los pueblos frente a las arrogancias del imperialismo. Fué entonces cuando, como postrera manifestación de tan pujante personalidad, irguió el dilema imperativo: civilización o muerte!

La representación de Hostos en América

"Los pueblos no miran nunca el carácter de los medios y los esfuerzos que se han hecho para ayudarlos a ser, sólo para los medios fecundos tienen ojos, y no ven ni pueden ver los hechos inferundos". Tal observación, que expuso Hostos en carta al poeta cubano Diego Vicente Tejera, por el olvido del prócer Francisco Vicente Aguilera en las fiestas inaugurales de la República de Cuba, habría podido aplicarla pro domo sua. Por verdad tan cruel, ante el cadáver de Hostos, prorrumpió la emoción dolorosa de Federico Henríquez y Carvajal: "¡Oh! América infeliz que no sabe de sus grandes vivos sino cuando son sus grandes muertos!"

Vida tan recta, tan honesta, tan fecunda, tan consagrada a los ideales de América, volvía a la tierra dominicana, tan desconocida como los frutos de su sabiduría y de su espíritu: la "Moral Social", las lecciones de Derecho Constitucional y la "Sociología" que sus discípulos dominicanos recogieron y publicaron y que, por la videncia de conceptos, la originalidad ideológica, y la experiencia, cuenta entre las primeras en el pensamiento americano, y por más de un aspecto, sin par. Vida y obra, en suma, que constituyen una sola lección: la que despierta o forja conciencias; la que descubre la verdad para serviría; la que arma con la razón al desvalido; la pasión de justicia que garantiza la dignidad humana, y cuya doctrina es agua viva que fertiliza y fuego que purifica y alumbraba. Por el espíritu. Hostos ha triunfado a través de las generaciones y se incorpora de pleno derecho a la excelsa jerarquía humana de los mentores, de los apóstoles, de los libertadores.

En 1923 iniciáse en Santiago de Chile, con motivo de reunirse allí la V Conferencia Internacional Americana, las emotivas fiestas en planteles de enseñanza bautizados con nombres de nuestras repúblicas y que custodian los pabellones que simbolizan sus glorias. Presidía el acto el jefe del Estado, con las 18 delegaciones integrantes de aquel Congreso Panamericano, el primero que se congregaba después de la terrible tragedia cuyas consecuencias amenazan ahora mismo los fundamentos de la civilización cristiana.

Designado por la Conferencia para llevar su palabra en el acto rememoré la obra de Hostos y su significación; y permitidme, pues, que repita en parte mis propias palabras. Dije: "Cuando Eugenio María de Hostos, ligado a ilustres chilenos por hermandad ideológica, vino por segunda vez a vuestra nación, había fundado ya la enseñanza normal en la República Dominicana, había predicado el civismo en la escuela y en la vida, nutriendo moral e intelectualmente a una generación de dominicanos, esa que ahora sustenta la nacionalidad con inquebrantable vocación, y es-

crita una de las obras más vastas, sólidas y nobles, nacidas en mente de americano tan grande por la ciencia como por la rectitud y templanza del ánimo". "Hostos era un real ciudadano de América... He evocado el recuerdo de tan perfecto sembrador de americanismo, para presentar a los alumnos de las escuelas de Santiago las banderas de las diecisiete repúblicas que con Chile deliberan en la V Conferencia..."

En Lima, en la VIII Conferencia Internacional Americana, abierta bajo el signo de la batalla de Ayacucho, la batalla de la solidaridad de los pueblos americanos, tuvo la fruición de presentar la moción de la delegación de mi patria, que, aprobada por unanimidad, ha ungido a Eugenio María de Hostos, "por su vida y su obra, ciudadano eminente de América".

La conmemoración del centenario del nacimiento de Hostos ha hecho resonar su nombre desde el Potomac hasta el Río de la Plata; ha erigido su efigie moral e intelectual en el horizonte continental. En la República Dominicana, con el alto auspicio del Generalísimo Trujillo, se ofrecen actos y libros a su memoria venerada. En Cuba se han editado volúmenes en tributo a sus servicios a la independencia de aquella nación. En Chile se prepara edición de los frutos de su intelecto en aquella tierra que también amó tanto. Puerto Rico, la patria irredenta, edita sus obras completas; le ha erigido un monumento en la Universidad de San Juan; ha publicado el tomo "Hostos y América" y el 1.º de enero de este año presentó su busto en mármol a la Unión Panamericana, que al colocarlo en la galería de los Héroes de América, a la vez dejó cumplida la resolución de la VIII Conferencia Internacional Americana, a que antes me referí, la cual recomendó al Consejo Directivo "asociarse a la conmemoración del centenario del nacimiento de Eugenio María de Hostos, con un acto público solemne realizado en su sede, en el que participen representaciones de las Repúblicas de América en la forma que ellas decidan".

Eugenio María de Hostos está ya en el Olimpo de América, con Washington, con Bolívar, con San Martín, con O'Higgins, con Morelos, con Duarte, con Martí, con todos los que con virtud heroica y sacrificio sublime fundaron las patrias americanas. El, sin embargo, no alcanzó el dolor y la gloria supremos inherentes a la creación de la patria política en ámbito geográfico delimitado. ¿Cuál es, pues, su representación en tan augusta asamblea? La del ideal irredentista portorriqueño. La del servicio a la dignidad humana. La del pensamiento en brega infatigable para estructurar la civilización americana, como la avizoró en su apasionada peregrinación continental, como la adoctrinó en su pugna para que los pueblos antillanos, libres, prósperos, independientes y soberanos, sean el factor de equilibrio en la civilización de América, que habrá de ser tan prolífica que a todos los hombres asegure el bienestar y la libertad; tan hospitalaria, que en ella quepan todas las razas y todos los credos; tan justa que satisfaga a plenitud todos los derechos!

